

LA ANTIGUA GRECIA A TRAVÉS DE SUS POETAS

S extensa es la trayectoria en el tiempo de la palabra poesía, desde temprano presenta ya dificultades semánticas. En un pasaje del capítulo IX de su **Poética**, Aristóteles señala la dualidad que alberga el término, al tiempo que anota las relaciones y también las discrepancias que, para los griegos, mantenía con la historia, de la cual los ejemplos aristotélicos señalaban se dirige a lo particular, en tanto que la poesía tendía más a lo universal, lo que la aproximaba a la filosofía. Estas precisiones acerca de los alcances conceptuales de la palabra poesía se originaron, ante todo, por un hecho que ha sido claramente apuntado en el prólogo que Carlos García Gual ha escrito para su excelente selección de la poesía lírica griega (1): «No olvidemos que los griegos consideraban la poesía como algo muy importante para la comprensión del mundo y de la vida. Se tomaban muy en serio a sus poetas. Ellos eran los primeros educadores del pueblo, en una sociedad sin dogmas religiosos ni sacerdotes con libros sagrados ni tradiciones rígidas. La poesía servía de cauce para expresar doctrinas e ideas nuevas, y para conservar los mitos y criticarlos, y se cantaba en las fiestas y banquetes privados».

(1) Carlos García Gual, **Antología de la poesía lírica griega (siglos VII-IV a. C.)**, Madrid, Alianza Editorial, 1980.

A selección se detiene, nos advierte su autor, en los límites cronológicos que anuncian el comienzo de la época helenística. Nos ofrece, por consiguiente, muestras de los poemas más antiguos de la lírica griega, algunos de ellos fragmentos conservados a través de siglos, sugerentes visiones —sobre todo en lo que atañe a la lírica arcaica—, de una sociedad que se nos presenta, a través de ellos, pletórica de vida y movimiento. Avanzando desde el siglo VII hasta el IV a. C., el libro divide la poesía recopilada en las siguientes secciones: Yambógrafos y elégicos arcaicos, La lírica monódica, El canto coral, Composiciones de la lírica coral, y Poemas sueltos de pensadores del siglo IV. Una breve, pero sustancial reseña

nos introduce en el conocimiento de los poetas griegos que se incluyen —muchos de ellos prácticamente ignorados por el no especialista—, y nos informa acerca de lo fundamental en el espíritu de su época. Con encomiable sentido autocrítico, el autor nos habla de los alcances y los límites de la selección, por él mismo traducida. Creemos que existe exageración, por exceso de modestia, en el señalamiento de esos límites, puesto que nadie puede ignorar las dificultades que conlleva emprender una tarea como la que García Gual se propuso en este libro, y llevarla a término con la dignidad alcanzada. La historia de la literatura en su época oral —caso de los poemas homéricos y de algunos poetas de la Grecia arcaica—, nos enseña

que por encima de la individualidad de los autores existe una tendencia, la del pensamiento colectivo, que se impone en sus poemas. Realidad histórica atenuada por la creación de arquetipos, conflictos derivados del enfrentamiento entre el hombre y la naturaleza, con fuerzas que aún no alcanza a controlar, o cuya potenciación en el seno de su propia sociedad ignora, integran la cosmovisión de ese período. También se advierten, en la creación lírica, momentos de estratificación de ciertas pautas sociales, así como instancias de ruptura con esas mismas normas. Los cantos del aeda, acompañados musicalmente, llevaban al auditorio el relato de las vicisitudes del héroe sometido a duras pruebas, de guerras terribles, de la paciente esposa aguardando con estoicismo a su marido enfrentado al combate o al infortunio.

Una poesía sustancialmente vinculada a los rituales colectivos, pone gran parte de sus creaciones al servicio de una aristocracia guerrera nacida de la edad heroica. Esta poesía se aleja de lo popular para ofrecernos un canto del destino individual del guerrero y la exaltación de sus hazañas. Se puede entrever, incluso, una especie de crónica destinada a informarnos de la trascendencia que tienen las batallas ganadas, de la importancia y riqueza del botín obtenido. Alude, entonces, a una pauta social, el destino heroico, reservado a los componentes de la aristocracia gobernante. La poesía popular cumple, no obstante, en esos tiempos, el papel de contracara de aquella destinada a la exaltación de las hazañas heroicas; son creaciones destinadas al pueblo, convocan imágenes poco reverentes para con los modelos impuestos por la clase dominante, incluso para con algunos de los dioses.

En el siglo VII se producen nuevas transformaciones de las que la antología de García Gual nos proporciona buenos ejemplos. De esta lírica arcaica, y de la clásica, perma-

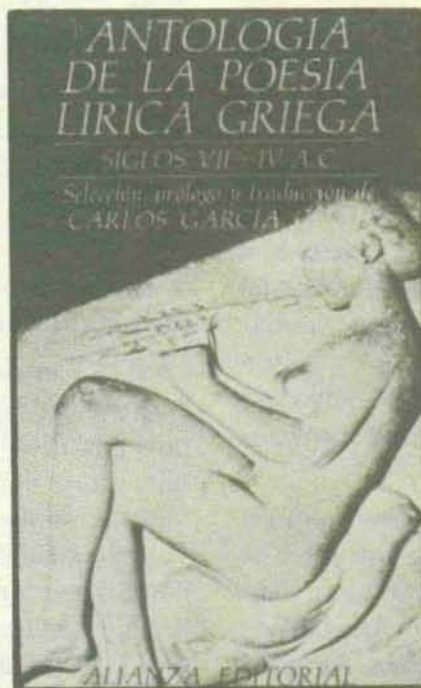
necen «mutilados y menudos restos», apunta nuestro autor. Sin embargo, son restos fulgurantes, que proyectan luz sobre una realidad literaria que se presiente, en consecuencia, mucho más rica: «Es una poesía ingenua y sencilla, con unos motivos esenciales que se reiteran: la muerte, el mar, las lanzas, los dioses variopintos, los caballos, las muchachas de gráciles tobillos y párpados pintados, el elogio de la juventud, la fugacidad del tiempo, los colores brillantes, las flores y la luna de Safo, el reclamo de la gloria, el fulgor del oro y del sol, la nostalgia, la invitación al goce, el amor penetrante, el vino que da alegría y olvido, etc.». La enumeración no deja de ser insinuante y alude a un mundo evocado con nostalgia por los poetas de la época; mundo que sufre continuas mutaciones por la expansión que protagoniza la propia sociedad griega.

Ha escrito J. Huizinga en su obra **Homo ludens**, que la poesía: «Es un juego sagrado, pero en su carácter sacro este juego se mantiene constantemente en la frontera de la alegría desatada, de la broma y de la diversión. Al mismo tiempo, la actividad poética se trueca en un juego de sociedad alegre y en animadas competiciones en los grupos de la sociedad arcaica». Pero en la Grecia de la colonización mediterránea, de las transformaciones provocadas por la difusión del comercio, del enfrentamiento entre la aristocracia mercantil y la antigua aristocracia, en la cual las ciudades jónicas desarrollan una civilización brillante en contacto con las culturas orientales; en el momento de la expansión de Esparta, que la ponen en guerra con Mesenia y con Argos, las tensiones creadas entre sus grupos sociales, las urgencias de la política guerrera, se trasladan a la poesía. Así, entre los poetas elegíacos, la antología recoge fragmentos de Tirteo, Calino, Mimnermo, Solón y Teognis, que mencionamos por entenderlos representativos de una época de cambios profundos.

Los dos primeros, símbolos indiscutibles de la poesía de tema patriótico, encarnan la andadura bélica de una época de enfrentamientos entre ciudades que habían co-

brado conciencia de su identidad nacional. «Hay en ellos muchos ecos, en expresiones formularias y en tópicos, de la poesía homérica. Pero tras estas referencias intencionadas a la tradición épica laten nuevos acentos: los del espíritu ciudadano. No se trata de celebrar las hazañas individuales de unos héroes que combaten por su propio honor y un botín personal; sino de dar ánimo a aquellos que van a exponer su vida por salvar a la ciudad, a las mujeres y a los niños». Tirteo de Esparta pone en labios del dios Apolo las siguientes palabras:

«Y al conjunto del pueblo le atañe el poder y el triunfo».



Solón de Atenas, de origen eupátrida, incorporado a la clase mercantil, partidario del justo medio, es elegido arconte después de las campañas de Salamina. Protagonista señalado de una época de cambio, por su acción como legislador y por sus ensayos de llamar a la tolerancia, encontró adversarios enconados y partidarios no demasiado firmes, puesto que, como es sabido, sus reformas no lograron satisfacer ni a los desposeídos ni a los aristócratas. Su obra poética nos demuestra la importancia testimonial que tenía, para los griegos, este género, al dejarnos una relación justificatoria de su actuación política. En este poema, no exento de un tono amargo, se refleja lo ya señalado:

«Al pueblo le di toda la parte que le [debida, sin privarle de honor ni exagerar [su estima.

Y de los que tenían el poder y des- [tacaban por ricos, también de éstos me cuidé que no [sufrieran afrenta.

...En asuntos tan grandes es difícil [contentarles a todos».

En Teognis de Mégara, en cambio, nos encontramos ante un poeta que denota en sus versos el disgusto de un aristócrata que ha sufrido las consecuencias de las transformaciones sociales que experimenta su época. Dice García Gual «Sus consejos éticos manifiestan una cierta ambigüedad, producto de su origen social en la ideología de una clase noble amenazada por el progreso histórico». Asimismo, la complejidad de un período de turbulenta lucha de clases, con difíciles alternativas para la aristocracia tradicional, son elementos que alimentan sus poemas.

Habría que reseñar aún ese período que nos trae la producción de Alceo, de la sensibilidad de Safo, de la amanerada expresión cortesana de Anacreonte; deberíamos ocuparnos, asimismo, de ese apasionante modo lírico que es el coral y que nos lleva hasta la figura de Píndaro, forma poética de que se nos ofrecen hermosos ejemplos en este libro. Pero estos nombres, que por sí solos honran una época, no atenúan el resplandor de esos breves, anónimos, poemas populares de los que la antología que comentamos nos entrega una escogida serie. El libro se cierra con algunas poesías y epigramas cuya autoría pertenece a pensadores que vivieron alrededor del siglo IV a. C.

Toda selección responde, obviamente, a criterios individuales que emanan de la personalidad y formación de su autor. En este caso, debemos decir que una cuestión tantas veces polémica se resuelve, a nuestro entender, con felicidad, puesto que el conocimiento profundo de épocas y poetas ha sido utilizado para llevar al lector, a través de los géneros y los siglos, en amable peregrinación. ■

NELSON MARTINEZ DIAZ